

1963. Esta novela nos hace sentir la fatídica vida de un pequeño poblado sometido a la tensión de la violencia política y de sus secuelas.

El día señalado es el de la venganza de un forastero, quien ha vivido para matar al hombre que arruinó el destino de su madre; y es el día de la venganza de los guerrilleros, que, acantonados en las laderas de un páramo vecino, esperan la oportunidad de acribillar las tropas del gobierno.

La hora de la vindicta va llegando poco a poco entre un bien combinado desfile de personajes-exhombres (tahúres, matones, guerrilleros, ejército) cometiendo fechorías en ronda diabólica, siguiendo la ley del más fuerte; todo en un ambiente atinadamente descrito.

El tedio, el odio, el silencio aburrido son los signos de la vida de aquellas gentes «obligadas a ser dobles para salvar el pellejo»; endurecidas por cierto fatalismo, cierto cariz de éxodo, cierta marca de condenación. El autor nos dice que «hasta en los niños se notaba una esquivez enfermiza, en todos un miedo con indiferencia, una ruptura de los más puros resortes humanos» (p. 33).

Aunque haya sido producto de la fusión de tres cuentos, *El día señalado* presenta una estructura unitaria; los elementos—todos de valor novelesco—funcionan coherentemente integrados al conjunto: el gamonal, inescrupuloso pescador en río revuelto; el ama de llaves, traicionera y estúpida; el sargento Mataya, romo y brutal, «contento de que el cumplimiento del deber fuera ligado al delito»; Otilia, envejecida por el alcohol y el deleite alquilado, pero de alma sana, aunque para ella «la vida es una vieja haraposita»; el cura lleno de amor por sus feligreses embrutecidos por el odio; afronta al gamonal para echarle en cara sus rapiñas, al alcalde para requerirlo acerca de los alaridos que salen de la cárcel, a la prostiruta para decirle que «la vida podría ser dulce, todo depende de lo que le echemos»; a las notables para advertirles que «el peor enemigo de la religión no es propiamente el ateo, sino el fariseo, el fanático que sublima sus rencores poniéndolos al servicio del cielo».

En este sacerdote, magistralmente trazado por Mejía Vallejo, volvemos a encontrar, implícitamente planteada, la tesis de la impotencia del catolicismo frente al fenómeno de la violencia en Colombia.

Cada parte de la novela tiene un prólogo. Podríamos llamarlos «cuadros de la vida real». El primero es la historia de una pobre lavandera solitaria, cuyo único hijo es asesinado por el ejército, cuando ya era un hombre trabajador. El segundo presenta a un funcionario de la época de la violencia, criminal por acción y por omisión, venal, de conciencia anestesiada por el hábito del delito. La escena truculenta de una maternidad frustrada, con el sadismo más morboso, ha

sido documentada en los estudios sobre morfología de la violencia. El tercero relata la trágica destrucción de un hogar campesino, en el que todo era ingenuo—hasta el nombre de «Guardián», el humilde perro defensor de la casa—; el hombre, después de enterrar a la hija y a la esposa, vivirá marcado a fuego por el odio; su nuevo oficio, de enterrador, con el que figura a lo largo de la obra, parece una exigua compensación de su obsesivo afán de venganza.

Hay una nota de ternura en esta novela: el enamoramiento de Marta, el cual culmina con la entrega, en un cañaveral, al forastero, quien llegó a ganarle primero el corazón.

Finalmente, el forastero desmitifica al gamonal en las riñas de gallos; en tanto que los soldados son acribillados, pues resultó perfecta la coartada de la visita del sacerdote a las guerrillas, planeada por el sepulturero.

*El día señalado* no describe propiamente escenas del conflicto que nos ocupa, pero éste es el aire que en la novela se respira; por tal razón, para entenderla debemos conocer el contexto histórico de la violencia en Colombia.

*Manuel Pacho*, de Eduardo Caballero Calderón, relata las peripecias de un curioso personaje, que realiza una caminata de varios días, desde una hacienda llanera hasta el pueblo vecino, con el cadáver de su padre para darle sepultura cristiana.

Comienza con una rápida descripción del asalto por los bandoleros a la casa principal de la hacienda, observado por el protagonista de la novela, orinándose en los calzones, desde las ramas de un mango (véanse pp. 11 y ss.). Y termina con la entrada al pueblo, llevando la carroña a cuestras para que el cura le haga el entierro «con todo lo que se estila para esos casos».

En ocasiones, el autor se desvía de los hechos centrales fabulados para contarnos realidades sociológicas: el relato de un peón a quien asesinos disfrazados de militares «de habían cercenado las vergüenzas con un cuchillo de monte» (p. 156); el formalismo jurídico (p. 185); la táctica de las guerrillas (p. 170); la ineficacia del ejército (p. 175); la ineptitud y avilantez del juez, del comandante, del notario y de los comerciantes a quienes llama «zamuros que remontan el vuelo cuando alguien se lleva el mortecino» (p. 190); aun usos y leyendas folklóricos (pp. 55 y 128). El viejo es el antiguo señor feudal, poetizado y despedido nostálgicamente por Caballero Calderón (véase, especialmente, p. 193).

Por la técnica de hacer el relato: a veces monólogo interior o a veces recurriendo a esa forma media entre narración objetiva y monólogo interior, denominada por los alemanes discurso vivido (erleb-

te Rede) y por los franceses discurso indirecto libre (discours indirecte libre) (17), y hasta por el argumento, se pueden establecer influencias faulknerianas en esta obra. Quienes hayan leído *Mientras agonizo*, podrían comprobarlas.

El autor conjuga eficazmente los entornos externos y los estados interiores del protagonista; a veces desaparece el narrador, Caballero Calderón, cuando la vivencia existencial de Manuel se presenta de modo directo, por medio del discurso vivido o del monólogo interior (por ejemplo, pp. 116 y 117, en donde se encuentran combinadas ambas técnicas).

La perfecta fusión de recuerdo y presente hace ignorar el tiempo exterior, lo transforma en el tiempo vivencial de Manuel Pacho. Cuando éste marcha solitario por el llano, mientras los zamuros revolotean en torno a la fetidez del cadáver, girones de imágenes del pasado y del presente pasan por su cabeza entremezclándose en una única realidad interior. Este sincretismo de pasado y presente en Manuel Pacho nos hace recordar la teoría de la compresencia existencial del tiempo interiormente vivido, expuesta por Carabellese en *Crítica del concreto*, y por Heidegger en *Ser y tiempo* (18).

La perspectiva del autor, y por lo tanto la nuestra como lectores, se ciñe a la perspectiva del protagonista pero en ocasiones se siente el peso de la mano constructora deteniendo el desarrollo dinámico de la novela. Ese largo recuento de su estadía en el internado de Tunja donde «todo le salía mal, menos lo que hacía en la clase de gimnasia», el enamoramiento de la Maritornes de Sogamoso, el baile y la borrachera en la casa de las señoritas francesas... interrumpen sensiblemente la corriente del relato.

La tesis de la obra, explicada por Caballero Calderón en el epílogo que ha podido servir de prólogo, podría aceptarse pero, tal vez, este relato no nos convence de ella. Ese acto excepcional de Manuel Pacho parece más inútil y grotesco que heroico; además, él no es un hombre común y corriente, sino un engendro muy particular. Para individualizar a su personaje Caballero Calderón acudió al fácil expediente de crear un monstruo: Manuel Pacho tiene «una cabezota cuadrada flanqueada por orejas de murciélago peludas y entorchadas» (p. 31); nuca erizada de cerdas (p. 30); jeta y dientes de caballo (pp. 70 y 135); patas grandotas cuadradas, con los dedos gordos bien despegados por la costumbre de engarzar en ellos los estribos del arco de montar a caballo (p. 33); «manazas de gorila que podían destripar

---

(17) Véase HEINZ BECKER: «Para un estudio analítico del *Ulises* de Joyce». *ECO*, número 28. Bogotá, agosto 1962.

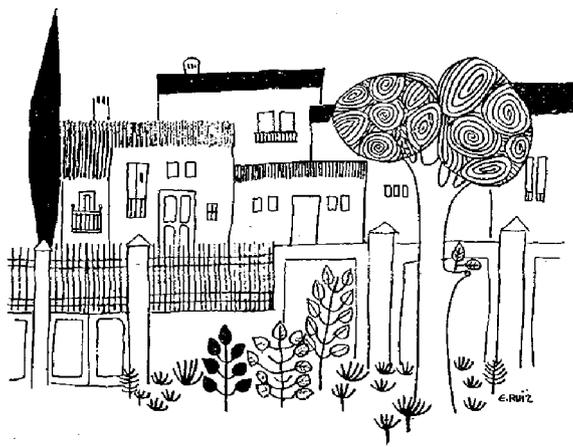
(18) Véase EUGENIO COSERIU: «El futuro romance», en *Revista brasileira de filología*.

una nuez de coco como si fuera una cáscara de huevo» (p. 94); no sabía ni podía bailar (p. 70); ni podía cantar joropos ni galerones. «Tenía una voz ronca y desapacible como el mugido de un toro que acaba de dejar de serlo» (p. 15); y, por contera, pues «no tenía facilidad de palabra», no podía expresar las imágenes que lo seguían como los zamuros, a los que entretenía echándoles pedazos del cadáver.

Esta novelita, *Manuel Pacho*, vale pero quizá no para lo que el autor se propuso. En todo caso, conviene destacar que Caballero Calderón, en *Manuel Pacho*, tomando una situación característica del realismo social, hace una defensa del ser humano desvalido y amenazado en su propia existencia.

Este relato, como las otras obras que comentamos someramente, se libra de la determinación temporal a que está condenada la literatura meramente testimonial, tan frecuente en las épocas de conflictos sociales intensos.

ALBERTO ZULUAGA OSPINA  
Instituto «Caro y Cuervo»  
BOGOTÁ (COLOMBIA)



## NOTAS Y COMENTARIOS

